

PRÓLOGO

¿Qué es el bien y el mal? ¿Existe una línea divisoria? ¿Es todo absoluto? Casi desde el inicio de la Humanidad estas cuestiones eminentemente filosóficas han sido largamente debatidas. En la antigua Grecia los filósofos se preguntaban, si no tendíamos a confundir el bien como lo correcto, lo socialmente admitido por la mayoría. Desde la propia sociedad surgían protestas ante enfoques sobre cuestiones hasta entonces admitidas, el bien y el mal fueron evolucionando desde su básica concepción inicial. ¿O tal vez no tanto? ¿Tendemos a confundir el bien con lo cotidiano, mientras que se asocia el mal con lo diferente? Seguramente las distintas sociedades que existen en el mundo admiten esta premisa. Pero, ¿por comodidad de los individuos que conforman la sociedad o por convencimiento real? ¿Necesitan estos individuos ser administrados por el poder económico y por tanto el político en una ética común que la mayoría acepte?

Uno de los errores iniciales en el planteamiento es el de conferir un carácter absoluto a conductas primarias.

¿Se puede afirmar de forma absoluta que es malo matar a otro ser humano? La mayoría

responderíamos casi sin pensar que sí, es malo matar. Forma parte de nuestra educación desde la infancia, en sociedades laicas o religiosas.

¿Y en una guerra amparada por el derecho internacional? Parece claro, que lícito sí, pero ¿seguiría siendo malo matar? ¿O se convierte en un acto bueno? ¿Qué intereses confieren a una guerra el carácter de legal? ¿La legalidad nos permite establecer el bien y el mal?

¿Es malo matar a uno o varios seres humanos para salvar la vida de cientos, miles o millones? o ¿Es bueno?

En estos dos ejemplos y en otros muchos habría que introducir un nuevo parámetro, que sin duda interviene en la obsesiva disyuntiva social para dividir el bien y el mal: la posición desde la que se mire.

Vayamos aún un poco más lejos. La amistad sin intereses, la verdadera, es uno de los más nobles y bellos sentimientos de los que puede disfrutar un individuo, es una forma de amar. La protección de cualquier tipo de amor ante una causa externa que pueda ponerlo en peligro es consustancial al ser humano. Esta protección es una conducta buena y éticamente irreprochable.

Sin embargo, ¿sería éticamente justificable la comisión de uno o varios actos malos para preservar la integridad completa de la amistad? ¿Cualquiera? ¿Dónde está el límite? Posiblemente dicho límite se encuentre en el sentido común. Sentido a su vez nada fácil de consensuar y que nos permite establecer comportamientos racionales asimilados por la

mayoría. Existe una línea igual de delgada entre el bien y el mal, entre un individuo catalogado médicamente como normal y un enfermo mental.

¿Podría existir alguna fórmula que permita a toda la Humanidad, sin distinción de sociedades, acercarse lo más posible a diferenciar entre el bien y el mal?

Probablemente, pero donde los factores de dicha ecuación sean exclusivamente los individuos. Sumando sus conductas y actitudes individuales para poder llegar a obtener un resultado muy próximo a la distinción entre el bien y el mal.

Cualquier otra fórmula impuesta desde los dudosos intereses que gobiernan el mundo carecerá de la fuerza ética necesaria que permita acercarnos a diferenciar con más claridad el bien y el mal. Entra en liza un concepto objetivo y fundamental: la dignidad.

Son las conductas individuales las que tienen la única fuerza ética para hacer el bien o el mal. Un individuo que actúe desde el profundo respeto a la dignidad de su semejante sin duda estará actuando correctamente, estará haciendo el bien. Lo contrario, será hacer el mal.

Iñaki García de la Portilla

Madrid, verano de

2014.

INTRODUCCIÓN

—¡Gracias a Dios, que todo ha terminado! Ahora te pudrirás para siempre entre cuatro paredes, aunque estarías mejor muerto ¡Mal nacido!

Con esas frases, entre otras, llenas de ira y rencor, Iván daba por finiquitado aquel asunto tan terrible, que había destrozado su vida para siempre. Aquella serie de acontecimientos que conmocionaron a todo el país y que le mantuvieron alerta desde aquel fatídico día en el hospital. ¿Había estado en el sitio justo en el momento justo?, o por el contrario ¿Había estado en el sitio equivocado en el momento equivocado?

Iván siempre pensó lo primero, que todo había sucedido así por alguna razón. Era de los que pensaba que todo estaba escrito, que por mucho que intentaras cambiar el rumbo de los acontecimientos, tu destino te persigue desde que naces hasta que mueres. Por eso, quería pensar que si su destino le había puesto allí, aquel día, en aquella habitación del hospital, sería por y para algo. Tal vez para que una persona buena, noble, justa y valiente como él, pudiera aportar su grano de arena, aunque para ello tuviera que pagar un altísimo precio.

Todo comenzó, seguramente, como una loca idea en la cabeza enferma de un ser despreciable, que fue capaz de urdir en su mente un plan maquiavélico que nadie podía imaginar. Algo más propio de tiempos pasados, de épocas remotas, que del Siglo XXI. Solo en la mente enferma de alguien que antepone la amistad a todo, puede fraguarse algo así. Un ser que por culpa de su ambición, no tuvo miramientos en llevar a cabo tamaña crueldad, e ignorar todos los preceptos de la religión y los derechos de los seres humanos. Que no escatimó en medios, ni dinero para llevar a cabo semejante atrocidad.

Afortunadamente, aún queda gente buena y valiente, en este caso Iván Rivas, que a pesar de perder mucho más de lo que hubiera imaginado, en esta “contienda”, no se rindió y siguió luchando, con la inestimable ayuda de la inspectora Ramos, para desentrañar aquel dislate, para que se hiciera justicia y para que todos pudieran seguir creyendo en el ser humano.

Una trama en la que se verá envuelto desde el presidente del Gobierno, su secretario, una funcionaria del Ministerio del Interior, una inspectora de policía, algún traicionero empleado del C.N.I, y un periodista de sucesos.

Todo está servido para adentrarse en esta intrigante trama de terrorismo, traición, corrupción y espionaje. De valores mal entendidos y culpabilidades e inocencias dudosas ¿Todo vale por ayudar a un amigo?

Esta novela es ficción pero, ¿podría haber sido cierta? ¿Podría haber tenido cabida durante un segundo al menos, en el enfermo cerebro de alguien?

Yo diría que no, que solo ha podido ser cierta en la imaginación de este escritor, afanado en buscar historias para entretener, pero...

Ustedes tienen la última palabra.

CAPÍTULO 1

(1985)

Era finales del mes de septiembre de mil novecientos ochenta y cinco, un mes, aun caluroso en Madrid. En una España que atravesaba una etapa tranquila, donde la mayoría de ciudadanos habían sabido aceptar el paso a la democracia, de la cual ahora se recogían los frutos, haciendo que el país empezara a ser próspero. Si bien es cierto, que aún estaba muy retrasado en muchas cosas en relación con el resto de Europa, España comenzaba a dar sus primeros pasos hacia la modernidad. Aunque seguía castigada por el azote del terrorismo por reivindicaciones, muchas veces absurdas, y siempre injustificables.

Aquel día amaneció algo nublado, aunque el sol comenzaba a asomarse tímidamente entre las nubes. Eran las nueve de la mañana, y un gran número de alumnos se concentraban frente a las puertas de la Universidad Luis de Góngora, para iniciar un nuevo curso académico. La universidad estaba situada a las afueras de la capital, a unos veinte kilómetros del centro, en dirección norte. En una zona muy

próspera y muy cercana a uno de los mejores y más caros residenciales de Madrid.

Transcurrido un buen rato desde que los alumnos habían ocupado el aula, con el alboroto lógico, la puerta se abrió. Un señor trajeado, de aspecto serio, calvo, con un prominente bigote y gafas de pasta, entró y se colocó frente a ellos. Muy ceremonioso colocó la carpeta sobre la mesa y aclarando su garganta se dirigió a ellos.

—Buenos días señoras y señores, y bienvenidos a la Universidad Luis de Góngora de Madrid, en su curso de ciencias políticas. Mi nombre es José Luis González y como rector de esta nuestra Universidad, quiero darles la bienvenida a este nuevo curso académico de mil novecientos ochenta y cinco. Un curso que se presenta interesante, si me permiten decírselo, debido a las muchas mejoras que hemos introducido, tanto en el aspecto visual como técnico, además de una mejora en las aulas. Espero que sepan aprovechar el esfuerzo que sus padres, supongo, han tenido que hacer para que ustedes estudien en una de las mejores universidades del mundo. Como espero también, que cuando el curso haya terminado, nos hagan sentir orgullosos de haberles tenido como alumnos. Sepan ustedes que de esta Universidad han salido muy buenos alumnos, hombres ilustres que hoy ocupan puestos en las más altas instituciones de este país. Por lo que es lógico, por nuestra parte, desear que esto siga siendo así por muchos años.

—¿Me das un cigarro? —le preguntó a Mario, uno de los alumnos.

—Aquí no se puede fumar.

—¿Eso donde lo pone?

—No hace falta que lo ponga en ningún sitio. Es una cuestión de educación y de *savoir faire*—dijo juntando mucho los labios.

Leo tuvo que taparse la boca para que no le oyeran reír.

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa en la boca?

—¡Qué atrevida es la ignorancia! No tienes ni idea de lo que he dicho y te ríes.

—No me río por lo que has dicho, que francamente no me importa, si no por cómo lo has dicho. Para darte una bofetada ¡Madre mía! ¿Tú de dónde has salido? —dijo con sorna

—Da igual, déjalo. Y yo no fumo, así que déjame escuchar al rector, por favor.

—¿No me digas que te interesa lo que está diciendo el estirado ese?

—Sí, sí que me interesa.

Mario se levantó y se movió un par de sitios. Leo hizo lo mismo y se volvió a colocar a su lado.

—¿De dónde eres?

—¡A ti que te importa!

—¡Uy! ¡Qué mala leche! —dijo sonriendo.

—Me dejas en paz o se lo digo al rector.

Ahora Leo sí que no pudo evitar soltar una carcajada, que retumbó en toda el aula.

—¡Silencio por favor! —dijo el rector—. Al que no le interese lo que estoy diciendo que se vaya —sentenció.

—¿Ves? Vas a hacer que me expulsen—dijo Leo

—¡Tendrás morro! ¿Qué pasa que te aburres? Y has dicho voy a tocarle los cojones a este pringado, o ¿qué?

—¡Que perspicaz e inteligente! No me extraña que estés en esta universidad. Tienes cara de sacar buenas notas, me vas a venir fenomenal durante el curso.

—Yo no me junto con macarras anormales como tú. Y ten cuidado que no soy ningún pringado, no te equivoques conmigo. Mi aspecto puede llevarte a engaño, pero te aseguro que no me voy a dejar manipular por el primer gilipollas que se siente a mi lado.

—¡Uuuuu! Me acabo de mear encima—dijo, con tono de burla.

—¡Déjame en paz de una vez! Ya ha terminado el rector y no me he enterado de lo que ha dicho.

En un instante y sin obviar ni una sola coma, Leo le dictó de carrerilla todo lo que había estado diciendo el rector, en los últimos tres minutos. La cara de Mario era casi de pavor, como si hubiera visto un fantasma.

—Te lo has inventado. Me tomas por tonto.

—Bueno, tú mismo, luego lo preguntas. Mira aquel chico de allí, el del jersey amarillo, lo está grabando, luego le dices que te deje escucharlo. Es una habilidad que tengo y que a lo mejor te viene bien durante el curso, pero si quieres que me vaya, peor para ti —dijo sonriendo y alejándose un par de asientos, para recobrar su lugar original.

Mario no iba a dejar pasar aquella oportunidad de poner en evidencia a aquel listillo, que le había

fastidiado la intervención del rector, así que en cuanto salió de clase, lo primero que hizo fue buscar al alumno de la grabadora y pedirle por favor que le dejara escuchar el trozo que su improvisado compañero le había dictado de carrerilla. Leo, le observaba atentamente, sonriendo y fumando un cigarro, desde uno de los bancos del parque que había a la entrada de la universidad. A pesar de las prisas del muchacho de la grabadora, Mario pudo convencerle.

—¡Madre mía! ¡Impresionante!

—¿El qué? —preguntó el muchacho sorprendido, sin saber de qué iba todo aquello.

—No, nada, cosas mías. Muchas gracias, te debo una.

El chico hizo un gesto de extrañeza, como si Mario estuviera chiflado y se fue. Leo mientras tanto, no podía disimular estar pasándoselo en grande y sonreía abiertamente al ver la cara que se le había quedado a Mario, al comprobar la veracidad del hecho.

Después de la charla de bienvenida del rector y de la presentación de todos los profesores y asignaturas, las clases habían terminado hasta el día siguiente. La Universidad Luis de Góngora, era privada y era una de las más caras y prestigiosas que había en España. A ella, acudían estudiantes de todos los lugares del mundo. Tenía un campus espectacular, con unos edificios amplios y con una arquitectura muy vanguardista para aquella época. Sus habitaciones, pequeñas pero confortables, albergaban a dos alumnos cada una, las normas en

ese aspecto, eran estrictas, no más de dos estudiantes por habitación.

Mario Montesa Conde, nuestro alumno interesado en las palabras del rector, era un estudiante modélico, sus notas hasta llegar a selectividad habían sido impecables. Su nota media le había sobrado para elegir la carrera de ciencias políticas que tanto había ansiado estudiar. Tenía un cociente intelectual de ciento diecinueve, no llegaba a ser súper dotado, pero sí le servía para estar por encima de la media. Sin embargo su problema de dislexia hacía que algunas asignaturas se le atragantaran, aunque siempre acababa sacando muy buenas notas, gracias a su tesón y esfuerzo. Había venido desde León, donde residía y eso le había generado muchas dudas. Había meditado largo tiempo y aunque al final se había decidido, le costó mucho dar el paso de elegir una Universidad que no estuviera en su ciudad y que le obligara a renunciar a su familia, a la que estaba muy unido. Pero por otro lado no iba a dejar escapar la oportunidad de poder estudiar en una de las mejores universidades que existían. Su extremada anexión a la familia, al ser una persona introvertida, le había dificultado la posibilidad de hacer amistad con otros chicos. Su único sueño y por qué no decirlo, su gran obsesión, había sido siempre, la de poder dedicarse a la política. Por alguna extraña razón, que aún no entendía ni él mismo, siempre le había despertado un gran entusiasmo poder trabajar para que no hubiera demasiadas desigualdades sociales. Estaba plenamente convencido de que a través de la

política, algún día podría conseguirlo. La razón por la que ni el mismo entendía esa vocación suya era porque nunca le había faltado de nada, su padre era un notario muy prestigioso en León y alrededores. Tal vez, era ahí donde se cimentaba su convicción de que estudiar ciencias políticas era algo totalmente vocacional, no había vivido ningún tipo de discriminación, ni desigualdad social, ni tampoco la había sentido en León, así que al final asumió sin más que eso era a lo que quería dedicarse en el futuro. La mayoría de los chicos de su entorno, casi todos con posibilidades económicas para estudiar, no tenían muy claro que la carrera que iban a estudiar fuera realmente la que les gustaba. Unos porque sus padres les habían empujado a hacerla, y otros porque aún no habían descubierto su verdadera vocación, si es que la tenían. Ninguno de ellos a su edad tenía las ideas tan claras como Mario.

Leonardo Sanz López, nuestro alumno molesto, era todo lo contrario, un chico muy extrovertido, con un don de gentes excepcional y una labia impropia de alguien tan joven. Pero muy despreocupado para todo, un chico que no le daba importancia a casi nada y eso que nunca había disfrutado de una estabilidad económica, más bien todo lo contrario. Eso, que a cualquier otro, le hubiera servido de acicate para concienciarse de algunas cosas, a Leo le daba igual, no hizo nunca que demostrara más interés por las cosas. Parecía vivir en una burbuja, lejos de la realidad. Alguna vez, a su madre algún profesor del colegio, durante sus primeros años de estudiante, le había insinuado que tal vez su hijo podía tener algún

síndrome raro, algún tipo de autismo, que le hacía evadirse del mundo real. Algo que ella nunca aceptó, y a lo que contestaba con soltura y total normalidad.

—Mi hijo, es un buen muchacho, que puede que viva en su mundo, en un mundo de luz y color, que se ha creado al margen de los adultos, pero nada más. Ya tendrá tiempo de aterrizar en el mundo real y de sufrir más de lo necesario. Así que déjenle que sea un niño mientras pueda—concluía.

Sólo ella, sabía lo que había sufrido desde el día que nació y el enorme susto que, tanto a ella como al padre de Leo, le habían dado los médicos cuando este vino al mundo.

A pesar de todo, y de parecer que todo le daba igual, las notas de Leo, habían sido parecidas a las de Mario, pero sacadas con el mínimo esfuerzo y con alguna trampa que otra. Había sabido buscarse la vida siempre para que sus notas fueran excelentes, ya desde pequeño y lo hacía casi siempre, embaucando a los compañeros para que le pasaran los apuntes y le hicieran los trabajos, una vez sí y otra también. Algo de respeto e incluso de miedo también habían tenido algo que ver en toda su trayectoria estudiantil. Era un chico extraño, con fuertes cambios en su carácter, y que igual estaba de buen humor, como de un humor de perros. Su familia no era como la de Mario, así que no tenía las espaldas cubiertas y por eso tal vez, había tenido que ser más avisado y buscarse la vida de otra manera.

El destino había querido que ambos se conocieran aquel día en la universidad y que unas horas más tarde, refrendaran esa amistad para

siempre, cuando varios chavales del campus, se mofaban de su compañero de pupitre.

Mario nunca se había peleado con nadie, la única táctica que conocía y que hasta ahora le había funcionado de maravilla, era la de eludir las broncas. Era un chico más bien cobardón, o diplomático como a él le gustaba definirse, que prefería intentar arreglar las cosas mediante la palabra, convencido de que la violencia no llevaba a ninguna parte. No así Leo, que lejos de evitar esas peleas, casi las buscaba y había tenido que partirse la cara en más de una ocasión. Estaba claro que tenía más calle que Mario, era mucho más directo y menos diplomático y eso se notaba en situaciones comprometidas. Como aquella tarde, que tuvo casi que liarse a guantazos con otro alumno para que dejaran en paz a Mario, aunque no había empezado con buen pie. Un grupo de alumnos de segundo año se mofaban de él, tirándole los libros y dándole alguna que otra colleja. Leo, lejos de ayudarle, se unió a ellos y humilló a Mario delante de un montón de alumnos que pasaban por allí, hasta que se dio cuenta de que la broma ya no tenía gracia.

—¡Basta ya! Dejadle en paz ya. Se acabó la broma.

—No es ninguna broma —dijo uno de los chicos—. A los novatos se les trata así.

—Sí, pues yo también soy novato. Mira a ver si tienes cojones a darme a mí una colleja.

Los chicos se miraron y parecieron estar de acuerdo en que debían irse de allí.

—¡Venga idos de aquí! A ver si al final la vamos a tener.

Los chavales se fueron, aunque de mala gana, y Leo se dirigió entonces hacia Mario.

—¿Estás bien?

—¿Qué si estoy bien? Me lo preguntas tú, que casi has sido el incitador de todo esto ¡Déjame ya!

—Venga hombre que yo pensé que era una broma. Una novatada, se te ve tan pardillo que querían espabilarte y me pareció buena idea seguir la broma.

—No soy ningún pardillo y te advierto una cosa, a mí no se me olvidan las cosas fácilmente.

—Es la segunda vez que me adviertes algo. Me tienes desconcertado, no sé si tenerte pena o miedo.

—No me tengas ni pena, ni miedo, simplemente déjame en paz.

—Venga hombre, no ves que estoy intentando hacer las paces contigo. A pesar de todo lo que ha pasado, me caes bien.

—Gracias, pero no hace falta que quieras hacer las paces conmigo. No te necesito, ni a ti, ni a nadie. Tengo un objetivo claro en esta Universidad y lo voy a cumplir pase lo que pase.

—Pero, si no paro esto, te hubieran inflado a collejas.

—¿Tú crees?

Leo rió a carcajadas.

—No es que lo crea, es que lo sé. Estos hijos de puta no respetan a nadie.

—¿Siempre hablas así? Me parece que has confundido tu vocación, no sé qué haces haciendo

esta carrera. Si piensas que vas a poder llegar a ser un buen político algún día hablando así, lo llevas claro.

Ahora Leo se mofó de él, repitiendo lo que había dicho con tono burlón y después le hizo un par de preguntas.

—¿Tú si crees que vas a llegar a ser político algún día? ¿De verdad lo piensas?

—Sí, claro que seré un gran político. Ese es mi objetivo aquí, prepararme para eso precisamente. Además si no fuera así, no hubiera elegido esta carrera, hubiera hecho educación física, por ejemplo, o me hubiera puesto a trabajar y no le hubiera hecho a mis padres pagar para nada.

—Pues mejor te hubiera ido en educación física, es un mundo mucho más sano que este, seguro. Este tiene que estar podrido muchacho. O ¿Es que no ves la tele? ¿No escuchas las noticias? En política hay mucho mamoneo, seguro que sólo llegan los enchufados. Es un mundo de traiciones, todos se pasan de un partido a otro, se compran y se venden los votos, en fin mucho trapicheo sospechoso.

—No estoy de acuerdo, seguro que hay muchos políticos muy honrados. Yo mismo, seré uno de ellos.

—Lo que tú digas. Me llamo Leo —dijo, ofreciéndole su mano.

—Mario —respondió, ofreciéndole la suya, aunque con cierto reparo—. Y si piensas así ¿Qué haces estudiando ciencias políticas?

—Porque todo ese mamoneo es precisamente lo que a mí me atrae —dijo sonriendo—. Anda deja de

hablar y vamos que te invito a una cerveza —dijo cambiando de tema.

—No bebo cerveza.

—Bueno pues a un refresco—dijo sonriendo, mientras encendía un cigarro—. Te digo yo que eres un blando...

—¡Te vas a morir! —le dijo, mientras le señalaba el cigarro.

—Tú no. Tú te vas a quedar aquí, no te jode.

—Digo antes de lo normal.

—Pues que le vamos a hacer, de algo hay que morir. Anda vamos.

—Oye, por cierto—dijo cambiando de tema. Mario empezaba a tener confianza con aquel chico de aspecto chulesco —, impresionante lo del otro día.

Leo puso cara de sorprendido

— Lo del rector

—¡Ah sí!

— ¿Cómo lo haces?

—No lo sé. Ya te dije que desde pequeño, soy capaz de hacerlo. Mientras hablo con una persona, soy capaz de escuchar lo que dice otra y no solo eso, sino que lo repito palabra por palabra. Soy un tipo extraño, pero no se lo digas a nadie —dijo, sonriendo.

Desde ese día y a pesar de no haber comenzado con muy buen pie, se hicieron inseparables. A Leo le gustaba la candidez de Mario, algo difícil de encontrar en un chico de dieciocho años, y a este, a su vez la valentía y el desparpajo de Leo, le hacía sentirse protegido. Aunque no compartían

habitación, Leo pasaba la mayoría del tiempo en la de Mario, su compañero no le hacía mucha gracia y prefería estar con él. Allí tenían muchas conversaciones, la mayoría intrascendentes sobre cómo imaginaban su futuro. En una de ellas Mario, le planteó algo a Leo que le dejó patidifuso.

—¿Crees que puedo llegar a ser presidente del Gobierno?

Leo, tras unos segundos de pausa, respondió. No quería hacer daño a Mario, sabedor de su frágil carácter. Así que decidió darle la respuesta que su amigo esperaba.

—Y ¿Por qué no? Conociéndote lo poco que te conozco, pero lo mucho que te conozco a la vez, porque querido amigo eres muy transparente, no me imagino a nadie mejor ni más bueno que tú para ese cargo. Es más yo añadiría que te viene como anillo al dedo.

—Ya te estás mofando de mí. Yo también sé cuando hablas en serio y cuando no.

—Pues creo que no tanto como presumes, porque no he hablado más en serio en toda mi vida. Lo pienso de verdad, Mario, créeme.

—Está bien, te creo. Entonces tendré que buscarme a alguien de confianza, todos los presidentes tienen uno, alguien que les saca de los apuros.

—Pero eso lo dices porque ves muchas películas —rio.

—¿Ves? Te cachondeas de mí.

—No, no era esa mi intención.

—Pues entonces intenta hablar en serio por una vez en tu vida.

—Está bien. Pues si buscas tu hombre de confianza, no busques más, me tienes a mí. Yo te sacaré de todos esos apuros de los que hablas. Trapichear y enrollar a la gente se me da bien, mi facundia me avala.

—¿Tú crees todo lo que se ve en las películas? Tíos que matan para que no les descubran sus chanchullos y todas esas cosas. Sería tremendo que la política fuera así, ¿no te parece?

—Sabía yo que el cine estaba presente en todo esto. Todo eso es mentira, es ficción, aunque no descarto que sin llegar a eso, alguna vez hayan comprado el silencio de alguien, o su voto. Pero no te preocupes, si eso pasa, yo me encargaré de esos temas. Porque supongo que estás pensando en mí para ese puesto, ¿no?

—Por supuesto. Serás mi mano derecha, mi brazo ejecutor, mi secretario personal—rió

—O a lo mejor, tú lo eres mío —dijo Leo

—Todo puede ser, pero no te veo yo ocupando ese cargo tan diplomático, tú eres más vehemente.

—Es posible, pero uno aprende rápido.

—Bueno pues si eres tú el que llega a ser presidente, espero que cuentes conmigo también.

—Por supuesto señor secretario.

Ambos rieron. La idea de Mario desde siempre era llegar a convertirse en el hombre más importante, primero de algún partido, tal vez uno que creara el mismo y después del país. Parecía no tener otra cosa en la cabeza, desde que tenía uso de

razón. Siempre había sido muy ambicioso en todo lo que se había propuesto, así que ahora que tenía un objetivo claro en la vida, no lo iba a ser menos.

No tanto así Leo, al que realmente aquello no le motivaba demasiado, pero lo hacía para cabrear a Mario, que no podía imaginarse ni por un momento que Leo, le tomara la delantera en ese sentido.

Habían pasado ya tres años desde que llegaran a la Universidad y ambos iban pasando los cursos, Mario con notas excelentes y Leo lo suficiente para ir aprobando. Su amistad iba en aumento, salían juntos por ahí, tomaban copas, bueno Leo tomaba copas, Mario no salía de sus refrescos, casi siempre en la misma discoteca, cercana a la Universidad. Lo cierto es que Mario estaba encantado porque gracias a la verbosidad de Leo, había conocido más chicas en varios meses, que en toda su vida.

Aquella noche, habían vuelto a salir como de costumbre, querían celebrar los buenos resultados obtenidos al final del trimestre. Leo salía con bastante asiduidad por las noches, pero últimamente, Mario parecía haberse contagiado y acompañaba a Leo, en esas salidas nocturnas más de lo habitual.

Llevaban un rato en la discoteca, cuando Mario fue al servicio, su vejiga iba a reventar. Por el camino iba tan despistado, observando a todas las chicas que se encontraba a su paso, que tropezó con una de ellas, haciendo que la copa de la muchacha cayera al suelo.

—¡Hala! ¿Estás tonto chaval? —dijo Isabel, que así se llamaba.

—Perdóneme ha sido sin querer.

—Estaría bueno que encima lo hubieras hecho aposta.

—Lo siento de verdad.

—Vamos, que haces ahí parado, invítame a una copa. Es lo menos que puedes hacer—le dijo, de forma furibunda.

—Vale, si, vamos —dijo titubeando.

—Pero que sepas que lo hago porque has tirado mi copa, no pienses ni por un momento que quiero ligar contigo, no eres mi tipo —le aclaró.

Mario sonrió, le gustaba el desparpajo de aquella chica, aunque no tanto lo que le había dicho. Se acercaron a la barra y le pidió la copa.

—¿Tú no bebes?

—No, no. Yo no bebo nunca.

—Pues vaya un muermo de tío. Y ¿A qué te dedicas?

—Estudio.

—Lo que yo te diga, un muermo total ¿Tampoco fumarás, claro?

Mario negó con la cabeza.

—Pues vamos a bailar, por lo menos.

—No sé bailar.

—¡Joder! Y ¿Qué coño haces?

—Pues la verdad es que no mucho.

—Vamos a arreglar esto ahora mismo. Espérame aquí.

Isabel se acercó a la barra y pidió una copa como la suya.

—¡Toma! Haz el favor de beberte esto.

—No, ya te he dicho que no bebo.

—Venga, anda, hazlo por mí

Entonces se acercó y le dio un beso en los labios.

—No dices que no soy tu tipo.

—Y no lo eres.

Mario se quedó asombrado, pero encantado a la vez y tan entusiasmado que se bebió la copa de dos tragos. El resto de la noche ya no parecía él, se había transformado por completo, casi no se reconocía a sí mismo. Tomó un par de copas más y bailó desenfrenado, a su manera eso sí, como un pollo sin cabeza. Su vergüenza había desaparecido por completo, lo estaba pasando fenomenal, como nunca antes lo había hecho, hasta que Leo le cortó el rollo de golpe.

—Mario vámonos ¿Qué te pasa? ¿Estás borracho? No puedo creerlo.

—¿Tú quién eres? ¿Qué quieres jodernos la fiesta? —preguntó Isabel.

—Yo soy Leo. Soy amigo de Mario y me lo llevo ahora mismo.

—Encantada —dijo Isabel, que acercándose le plantó otro beso en la boca.

Leo se quedó descolocado, iba de duro con aquella chica y de repente le había descolocado por completo. Se fijó más detenidamente en ella y le pareció muy atractiva, tenía el pelo castaño, recogido en una cola de caballo, delgada y alta, con un cuerpo bastante interesante. Llevaba una camiseta blanca pegada al cuerpo, y sin sujetador, cosa en la que Leo se fijó casi al instante, que con el sudor hacía que sus pequeños pero tersos pechos se marcaran por completo, y un vaquero ajustado que

le hacía un trasero realmente interesante, como comprobó momentos después.

—Encantado Isabel, pero me le tengo que llevar, mañana tenemos clase a primera hora y Mario no me perdonaría que le dejara aquí más tiempo y llegara tarde y bastante perjudicado a clase. Espero que lo entiendas.

—Yo lo entiendo, pero creo que llegas tarde porque perjudicado ya le veo un poco. Pero, ¿quién eres, su mamá? —preguntó Isabel, ligeramente borracha.

—No, es evidente. Pero cuido de él.

—El amigo responsable, no podía faltar —dijo, tambaleándose. Eso sí, déjame tu teléfono y mañana se lo daré a Mario para que te llame.

—No, no, nada de teléfonos. Lo que pasa en la discoteca, se queda en la discoteca, no sé si me entiendes.

—Perfectamente. Mira, vamos a hacer una cosa. Te acompañaremos a casa, te veo bastante perjudicada a ti también.

—¿Qué pasa que quieres abusar de mí? —rió.

—Eso nunca.

—No hace falta que me acompañes a casa —dijo, cambiando de tema—. He venido con mi amiga...

Se giró señalando a un sillón donde estaba su amiga. Pero parecía que había encontrado una compañía mejor y se lo estaba pasando muy bien.

—¡Coño! ¡Qué jodía! Con lo fea que es y cómo liga —dijo riendo.

Hizo una leve pausa.

—¿Sabes lo que te digo, guapetón? Que sí, que me acompañéis a casa.

—Eso, eso —dijo Mario, muy perjudicado por la bebida—. Y nos tomamos otra copa.

—¡Joder! ¡Vaya dos!

Isabel tenía un apartamento bastante coqueto. Vivía sola, trabajaba como secretaria en una empresa de transportes, no ganaba mucho dinero pero sí lo suficiente como para haberse emancipado de sus padres. Era la menor de dos hermanos, su hermano Iván estaba estudiando la carrera de periodismo. No tenía demasiado trato con él, la actitud de Isabel cuando decidió marcharse de casa, hizo que se distanciaran por completo. Sus padres y su hermano no entendieron muy bien las razones expuestas por Isabel para marcharse de casa. O eso era al menos, lo que le había contado a Mario, justo antes de la quinta copa.

Una vez en su apartamento, la juerga se prolongó unas tres horas, Isabel y Leo parecían haber intimado, dado el lamentable estado de Mario, así que acabaron haciendo el amor. Pero a aquella chica, de apariencia modosa parecía que le gustaban las cosas fuertes en la cama, así que le pidió a Leo que le pegara, le arañara y le pellizcara, incluso llegó a pedirle que le quemara con la cera de una vela que tenía en la mesa. Leo no comprendía mucho todo aquello pero, entre lo excitado que estaba y su deseo de complacerle, accedió encantado. Los dos acabaron extenuados, nunca había tenido una experiencia sexual como aquella, y a pesar de que le pareció algo bastante cruel, lo cierto es que gozó

como nunca hasta ese día. Y eso que no era ningún principiante en temas sexuales, pero ninguna le había hecho gozar como Isabel aquella noche.

Una vez terminaron y se fumaron su cigarro protocolario, Leo se vistió y cogió a Mario que dormía a pierna suelta en el sillón. A duras penas se mantenía en pie, así que le agarró como pudo y se lo llevó de allí.

—Vaya polvo que has echado, cabronazo —dijo Mario con media lengua.

—¿Pero tú no estabas dormido? —preguntó sonriendo.

Nunca más volvieron a coincidir con Isabel, a la que Leo buscó en más de una ocasión para repetir la experiencia, pero parecía habérsela tragado la tierra.

Después de aquella noche, había surgido un nuevo Mario, uno al que le había gustado conocer chicas y ponerse un poco alegre de vez en cuando. Todo eso le hacía desinhibirse y perder por momentos ese carácter tan serio y avinagrado, del que daba muestra la mayoría de las veces. Pero por otro lado, era muy consciente de que todo aquello no le ayudaba nada en su carrera y de que tenía que acabarse, para volver a centrarse en sus estudios o echaría todo por tierra.

—Me estás llevando por el mal camino, Leo. Esto me gusta, me hace sentir bien, pero tiene que acabarse. Yo no soy así y esto está perjudicando mis estudios.

—Lo entiendo, pero tendrá que acabarse después de esta noche, porque he quedado con dos estudiantes de derecho, que te vas a caer de espaldas.

—Está bien. La última noche y se acabó, tengo que centrarme en mis estudios, y te hablo muy en serio.

Leo asintió, y no insistió más, sabía que para Mario su carrera era lo más importante.

Por la noche, entraban en la discoteca, las dos chicas esperaban en la barra tomando una copa. La rubia alta de pelo largo y figura esbelta, parecía hablar y hablar sin parar, gesticulando con las manos al unísono, mientras su amiga morena, menos estilizada, aunque muy atractiva también, escuchaba pacientemente.

—¡Mira! ¡Mira! Que dos bombones. Si no mojas esta noche es para matarte—dijo Leo.

—Yo no soy así. Yo respeto a las mujeres, y lo sabes. Soy virgen y así seguiré hasta que encuentre a la mujer de mi vida.

Leo le miró sorprendido.

—Sí, sí, claro lo que tú digas. Anda vamos.

No podía creerse que Mario no hubiera tenido relaciones sexuales, si bien era cierto que desde que le conocía nunca le había visto llegar con ninguna mujer a nada más que besos y algún que otro inocente sobeteo.

Se acercaron e hicieron las presentaciones. Durante la noche parecían haberse emparejado, Leo se había decantado por la rubia, M^a Paz, y Mario por la morena, Julia, que tal vez, menos llamativa era mucho más de su estilo.

La relación de Leo con M^a Paz fue efímera, tan efímera que esa misma noche comenzó y acabó en los servicios de la discoteca. No así la de Mario y

Julia que parecía ir más despacio y mejor, y que siguió adelante. Un par de citas más tarde, Mario le pidió salir y ella aceptó, no sin antes meditarlo unos días tranquilamente.

Un año había pasado ya desde aquella primera cita en la discoteca, un año de bonita relación entre Mario y Julia. Un año en el que todo marchaba igual en lo referente a la carrera, Mario sacando notas de matrícula y Leo buscándose la vida para ir aprobando. Ya habían pasado lo más duro, pero aún les quedaba el último año.

Aquella noche Mario no se encontraba muy bien, una indigestión le había mermado físicamente, y le mantenía en cama, sin ganas de nada. Tanto es así, que había pedido a Leo, que acudiera a la cita que tenía aquella noche con Julia, por él.

—¿Tú estás tonto o que te pasa? ¿Qué pinto yo allí con Julia? Yo creo que tienes fiebre y por eso deliras.

—Que va, no tengo fiebre, si acaso algunas décimas, debo tener una leve infección estomacal.

—Vaya, ¿también sabes de medicina? —dijo sarcásticamente.

—Déjalo y vamos a lo importante, que me lías. He conseguido reserva a las diez en un restaurante precioso, un sitio en el que no es nada fácil hacerlo. No quiero que Julia se quede sin conocerlo.

—Pero ¿No te das cuenta de que ella querrá conocerlo contigo? Ven que te pongo el termómetro.

—¡Basta ya Leo! Es importante para mí. Ella lo entenderá. Luego me contáis todos los detalles.

Al final Leo, viendo que a Mario le hacía ilusión que Julia conociera aquel sitio, accedió.

—Está bien. Pero llámala y se lo dices, por si acaso no quiere. A ver si me voy a presentar allí y se va a pensar otra cosa.

—¿Qué otra cosa se va a pensar? A veces dices unas tonterías.

—Ahora que te digo una cosa, después de esto me deberás un favor.

—¡Hecho!

—Voy a arreglarme, pero llámala mientras.

En cuanto Leo se fue a arreglarse, Mario no pudo evitar quedarse dormido casi al instante.

—Ya estoy ¿Has...?

Se calló de repente cuando vio a Mario durmiendo plácidamente. Se acercó y le cubrió con la sábana. Cerró la puerta despacio y salió.

A la media hora llegaba al restaurante. Pidió la mesa de Mario y se sentó a esperar. A los cinco minutos apareció Julia, que se veía radiante. Llevaba un vestido negro bastante ceñido con un escote generoso, su pelo moreno recogido en un elegante moño y unos bruñidos zapatos de tacón que estilizaban su figura. Cuando se acercó se quedó sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí? Y ¿Mario? ¿Ha pasado algo?

Leo le explicó el motivo por el que estaba allí y Julia aceptó de buen grado cenar con él.

—Bueno, ya que estamos aquí cenemos y mañana se lo contamos, para que se muera de envidia—dijo, sonriendo.

—Pobrecillo, que mala eres.

—Es broma —aclaró Julia.

A medida que iba pasando la cena, e iban saboreando la alta cocina de aquel restaurante, ambos se iban encontrando más a gusto.

—La verdad es que Mario tenía razón, es un sitio estupendo. La comida es una maravilla, y el sitio precioso —dijo Leo

—Sí, es cierto.

En un momento de la cena, cuando estaban ya tomando el café, Julia acercó su silla a Mario.

—¿Sabes una cosa? Si tú me hubieras pedido salir, también hubiera aceptado.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes? —le preguntó, mientras cogía su mano.

—No es buena idea, Julia.

—Yo creo que sí —dijo, mientras se acercaba y le daba un suave beso con sus carnosos labios.

—¡Para! ¡Para! —dijo Leo, con pena—. Julia, te quiero, y creo que lo sabes, las mujeres os dais cuenta de esas cosas, pero no es buena idea. Estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi en la discoteca, con aquel vestido verde y tú pelo moreno suelto, pero no le haría nunca algo así a Mario, no podría perdonármelo nunca.

—Pero yo os quiero a los dos. Te he dado señales insinuándotelo a lo largo de este último año, pero no querías enterarte.

—Si me enteraba, pero no podía seguirte el juego.

—No, porque pensabas que lo hacía en broma, pero no Leo, es totalmente cierto. Yo también me enamoré de ti, ese mismo día. Lo de Mario, fue tal vez porque tú eras más inaccesible o porque parecía que yo no te interesaba.

—Lo sé, Julia, pero él te conoció primero. Supe desde el principio que ibas a estar mejor con él ¿Por qué piensas que preferí invitar a la otra chica que iba contigo? Para dejarle el camino libre a Mario y creo que acerté de pleno. Él te va a cuidar mucho, y mejor que yo, ¿lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Podemos hablar con Mario y explicárselo, tal vez lo entienda.

—No, no lo entenderá y yo tampoco querría compartirte con nadie. Eres preciosa y sé que me arrepentiré toda la vida por decirte esto y echarte en sus brazos para siempre, pero es por tu bien, hazme caso. Yo no sabré tratarte como él lo hace.

—Es duro renunciar a ti, Leo. Yo te quiero, quizás más que a él.

No sabía cómo dejar aquella conversación tan frustrante y dolorosa para él, así que ante la insistencia de Julia, reventó.

—¡Estoy enfermo! —gritó Leo, viendo que no podía convencerla.

Julia se quedó paralizada.

—¿Cómo que estás enfermo? ¿Qué te pasa?

—Tengo un tumor en la cabeza. Es pequeño y lo tengo desde que nací, aunque eso lo he descubierto más tarde. Estate tranquila, según los médicos, no ha crecido ni un milímetro desde entonces, está estacionado y de momento no es peligroso. Si lo

fuera ya estaría muerto. Pero, ¿qué pasará si el día de mañana crece? Quien sabe lo que me da por hacer, y no me perdonaría nunca hacerte daño o ver que sufres, pudiendo haber elegido a Mario. Es ahora y a veces tengo horribles dolores de cabeza, migrañas que me dejan grogui un par de horas. No puedes estar conmigo Julia, entiéndelo, solo tendrías sufrimiento.

—Pero eso no es un motivo suficiente Leo, no para mí. Y ese sufrimiento lo tendré igual porque estarás con Mario y te veré a diario.

—¿Eso quien lo sabe? A lo mejor nuestras vidas se separan, y toman caminos diferentes. Entonces te ahorraría ese sufrimiento. Hazme caso, no soy una buena compañía, muchas veces me quedo en la cama durante días, solo fumando marihuana y sin poder abrir casi los ojos del dolor que tengo. Oigo voces Julia y hablo solo, a veces creo que estoy volviéndome loco, que soy un esquizofrénico de manual. En esos momentos mi vida es un tormento, no quiero que nadie esté a mi lado y no quiero que tú compartas esos malos momentos conmigo. No es por ti, Julia, es que tengo asumido que moriré solo, sin ninguna mujer a mi lado. Aunque no soy agresivo, Julia —aclaró—, no quiero que me mires con esa cara de asustada. Después se pasa de golpe, me levanto por la mañana y soy una persona diferente, totalmente normal, y ya no se repite hasta que no pasa una larga temporada.

Al final te acostumbras a vivir con eso, como el que tiene asma, o cualquier otra enfermedad, todo es cuestión de resignarse y seguir viviendo. Pero no

quiero que tú pases por eso, te quiero demasiado para hacer que te hipoteques a mis paranoias para siempre ¿Lo entiendes ahora?

—Lo entiendo, aunque no lo compartas, y no puedes resignarte. Tienes que ver a algún especialista, un psiquiatra, que te ayude.

—Ya pasé por eso cuando tenía doce años, no quiero más sanadores, ni medicamentos, ni terapias que no sirven para nada. Yo soy muy capaz de controlármelo solo.

—¿Estás seguro?

—Esa pregunta me ofende un poco Julia. Tú me conoces, sabes que nunca te he hecho daño, que nunca he hecho daño a nadie, o ¿no es cierto?

—Sí, es cierto y perdona la pregunta, no era mi intención ofenderte y lo sabes.

Leo sabía perfectamente que aquello no era un motivo para cerrar ese capítulo de su vida con Julia, ni siquiera estaba seguro de haberlo cerrado, pero debía decírselo para no hacer esa faena a su amigo Mario. Muchos hombres hubieran luchado por ella, a pesar de tener ese hándicap en contra, pero no él.

Julia escuchaba y asentía pero sin convicción, no le quedaba más remedio que aceptarlo, a pesar de que ella hubiera estado dispuesta a intentarlo. Lloró amargamente, ya no solo porque le quería tanto o más que a Mario, sino porque pensaba en su enfermedad, en los malos momentos que habría pasado y en lo que le quedaba aun por pasar. Pensaba afligida en que ella no iba a poder estar allí para ayudarlo, y eso le partía el corazón. Sabía que le iba a echar de menos.

Para Leo tampoco fue fácil dar ese paso, podía haber sido egoísta, haber actuado como cualquier hombre sin escrúpulos, callando todo aquello y haberse quedado con la chica. Pero él no era como los demás hombres, no podía hacer aquel acto de deshonra, de traición, ni a Julia, ni a su amigo Mario. Estaba seguro de que aquel dolor le acompañaría toda la vida, pero le quedaba el consuelo de que Julia, con Mario sería mucho más feliz. Apostaría sus dos manos a que su amigo la cuidaría mucho mejor que él, no tenía ninguna duda. Quería haberle contado también lo de aquella chica en el apartamento, pero no se atrevió, no quería que Julia pensara que se iba acostando con todas las chicas que conocía, a pesar de que era cierto. Sabía que Julia no aceptaría aquello de buen grado, era menos libertina que esas otras chicas y por nada del mundo podía permitirse perder su amistad. Ya era bastante con haber perdido su amor.

—No llores por favor. No lo soporto —se acercó y le limpio las lágrimas—. Venga tonta, si además Mario es mucho más guapo que yo—dijo sonriendo—. Y ahora deberíamos irnos, el pobre estará en la cama hecho polvo.

Ambos sonrieron cómplices y se fundieron en un cariñoso abrazo.

—Sí, vamos a ver a ese calamidad y así le contamos todo. Pobrecillo, se habrá sentido muy solo.

Mientras aquello sucedía, Mario en su habitación hacía una llamada.

—Hola tío ¿Qué tal te va la vida?

—¡Coño Mario! A mi muy bien y, ¿a mi sobrino favorito?

—Pues muy bien también. Terminando la carrera para convertirme en todo un señor político.

—Eso está muy bien Mario ¿Tus padres bien?

—Sí, todos bien.

—Bien, y, ¿a qué debo esta agradable sorpresa?

—Necesito pedirte un favor

—Tú me dirás...

Julia y Leo, salían del restaurante y habían decidido dar un paseo antes de ir a ver a Mario, la noche era propicia para ello. Cuando llegaron, parecía bastante recuperado, la medicación parecía haber hecho su efecto, así que aprovecharon para contarle las excelencias del restaurante. Mario escuchaba con atención, mientras ellos departían sin control, entre risas a cerca de su experiencia culinaria.